Daniel Marenco es uno de los bailarines más impactantes en el escenario costarricense. La pasión con que interpreta conmueve al público hasta estremecerlo. Con gran sensibilidad y una disciplina que a veces sobrepasa las 12 horas diarias de labor, domina una personalidad apasionada que está dispuesto a poner en juego en cada escena. Aquí conversamos sobre su vida y formación.

La aventura corporal de Marenco

MANUEL BERMUDEZ
redactor

Este joven bailarín de 23 años, uno de los artistas de mayor calidad en la escena actual, inició su aventura en las tablas en 1981, cuando apenas contaba 8 años, como actor con el grupo Tierra Negra.

Al lado de sus padres, Alvaro Marenco y Roxana Campos, trabajó en «Mi madrina», adaptación de la novela de Carlos Luis Fallas.

La escena la trae en la sangre y su pasión le salta por los poros.

En aquel año su debut lo impulsó por la senda actoral que abrió un teatro costarricense que estaba en su apogeo.

En 1983, participó en la última obra que presentó Tierra Negra, «El barrilete» de Fabián Dobles.

Su preparación se mantuvo constante, en otras obras y con su propia madre como maestra, junto con Alfredo Catania y William Zúñiga.

Hizo trabajos para televisión, en especial comerciales y las producciones de Canal 13.

Luego, en el Conservatorio Castella siguió el teatro, pero se acercó a otra de sus pasiones, los instrumentos de viento; se especializó en la trompeta y llegó a tocar con la banda del colegio.

Su carrera en el teatro continuó hasta que en 1987, seis años después de su debut teatral, se le planteó otra posibilidad que hasta entonces no había considerado: la danza.

«A mí me gustaba, y me gusta mucho el futbol, pero era muy «tieso», por lo que la danza me parecía muy difícil, tenía mucho prejuicio con las capacidades de mi cuerpo. Una vez en un viaje a México me encontré con la compañía de Danza UNA en Guadalajara y en una fiesta me solté a bailar. Desde entonces no he parado. En la danza encontré algo que me faltaba en teatro y me atrapó».

En este campo también cumplió como un estudiante privilegiado. Primero en el Taller Nacional de Danza, luego ingresó al grupo de aspirantes de la Compañía de Danza Universitaria, de lo que recuerda con especial interés las lecciones durante 15 días con el maestro Hans Zülig.

Pero la danza le complicó su educación tradicional y empezó a atrasarse. Sería después, en un colegio especial para alumnos no adaptados, donde pudo terminar la secundaria.

«La danza produce en mí el despertar de mi parte sensitiva como un absoluto.»

El encuentro con los talleres que ofreció en Costa Rica el colombiano Alvaro Restrepo hizo descubrir su fase de intérprete como creador, que marca su manera de trabajar.

Con el grupo Danza Móvil, integrado por venezolanos y costarricenses, debutó como bailarín en 1991 en «Miro a Miró», basado en el cuadro «Intersección» del pintor catalán.

Luego fue llamado a la Compañía Nacional de Danza, donde ingresó sin necesidad de hacer audición.

Debutó como profesional en «Murmullos» y luego fue solista en «Carmen». Ahí permaneció cuatro años de los cuales durante tres fue solista, de los que agradece la posibilidad de formarse con Mimí González y Patricia Carreras, y el extenso repertorio en que pudo participar.

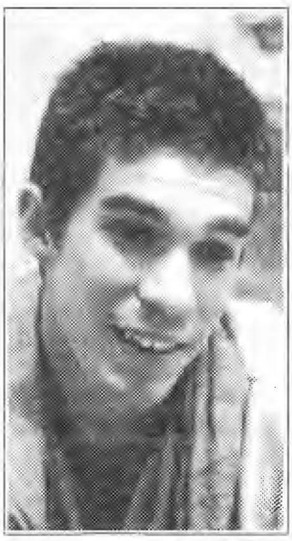
A finales de 1993 viajó a Chile. «Allá tomé la decisión de buscar algo que fuera más riguroso en lo técnico y artístico. En eso estoy, sé que lleva mucho tiempo.»

A principios de 1994 llegó Jimmy Ortiz y le propuso integrar la agrupación Losdenmedium.

«Con ellos he encontrado algo que buscaba más allá de la técnica. Creo que la honestidad del movimiento es lo más importante de la danza.

«Me gusta llevar el movimiento escénico, explosivo, animal, con una forma íntima a la vez. Que vaya de la gran expresividad a interpretaciones interiores, intensas, íntimas, pero todo al mismo tiempo. Es complicado.»

Con el grupo Losdenmedium en el espectáculo Puntarenas, de Humberto Canessa en 1995.



Pese a su juventud, Daniel Marenco es una de las presencias escénicas más fuertes.

Su espíritu inquieto apenas lo controla con una gran disciplina en la que trabaja con serenidad y mucho rigor para canalizar su energía.

En junio de este año volverá a actuar, porque no quiere perder esa experiencia.

«Quiero complementar teatro y danza, pero verlos como entes separados.»

En su vida personal se sabe como un adolescente distinto a los de su generación. Indaga y busca con el afán de entregarse completamente.

En el medio cultural no se siente muy a gusto, pero el público es el objetivo de su dedicación.

Pese a las dificultades que el medio ofrece, prefiere permanecer en el país y desarrollarse aquí.

«Creo que el talento no es una cosa que dependa de un país específico, sino que surge en cualquier lugar que tenga que surgir. Se puede hacer un buen trabajo en cualquier parte.

«Aunque me gustaría conocer otro ambiente, pienso en que mi futuro está en llevar lo que hacemos aquí a otras partes del mundo.

«Trabajo con las mínimas condiciones pero entrego lo máximo y los mejores años de mi vida. Después me dedicaré al teatro o continuaré mi vida como cualquier persona común y corriente cuando el cuerpo no aguante.»

Con una visión apasionada sostiene que cuando baila entrega de sí el absoluto.

Entre sus recuerdos viene a su memoria la función de «Bienaventurados» en Santiago de Chile en 1993, que planteaba la situación de ese país y al final de la cual el público se puso de pie en ovación.

«La danza es un estado de ánimo que permite pasar por otros, pero de forma controlada. Es muchas cosas que se logran controlar para no terminar, en un desborde de energía total.»

El grupo Losdenmedium fue seleccionado junto con otros seis grupos de Latinoamérica para el festival Plataformas en Europa. Ahí estará este joven talentoso para ofrecer un trabajo que hace con una vocación conmovedora. Costa Rica produce talentos, lástima que la mayoría de las veces los niegue.□